

Cromacio de Aquileya

TRATADOS

TRATADO 12

JESÚS SE BAUTIZA PARA LIBRARNOS DEL PECADO

I. 1. Luego sigue²: *Entonces vino Jesús de Galilea al Jordán [para ser bautizado por Juan. Pero Juan trataba de impedirselo diciendo: «Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?». Jesús le respondió: «Deja ahora, conviene que] cumplamos toda justicia»*³. Por tanto Jesús, con el fin de consumir todos los sacramentos de la ley⁴, desciende de Galilea al Jordán para ser bautizado por Juan. Pero Juan, que reconoce por el Espíritu Santo a su Señor y Dios, de quien había declarado que no era digno de llevar ni siquiera las sandalias⁵, se excusa de cumplir lo que se le mandaba, porque no creía que fuera necesario el bautismo a aquel de quien sabía que había venido a destruir con su bautismo los pecados del mundo; y por eso declara que conviene más

bien que él sea bautizado por Jesús, y dice: *Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?*⁶.

2. Como si dijera: «Yo soy hombre, tú Dios; yo pecador porque soy hombre; tú sin pecado porque eres Dios. ¿Por qué quieres ser bautizado por mí? No rechazo obedecer, pero desconozco el misterio. Yo bautizo a los pecadores en penitencia⁷. Tú, ¿por qué quieres ser bautizado si no tienes mancha de pecado? O todavía mejor: ¿por qué quieres ser bautizado como pecador, tú que has venido a perdonar los pecados?». Esto es pues lo que dice Juan al Señor: *Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?* Y el Señor aprueba sin duda el sometimiento fiel que muestra su siervo, pero manifiesta el misterio de su plan de salvación al decir: *Deja ahora; así es preciso que cumplamos toda justicia*, mostrando que ésta era la verdadera justicia: que el mismo Señor y maestro cumpliera en sí todo el sacramento de nuestra salvación.

3. Por tanto el Señor no quiso ser bautizado por razón de sí mismo, sino por razón de nosotros, para cumplir toda justicia. Pues es justo que lo que alguno quiere enseñar a otro, lo comience él primero. Y pues el Señor había venido como maestro del género humano, quiso enseñar con su ejemplo lo que había que hacer; para que los discípulos siguieran al maestro, los siervos al Señor.

4. Y como iba a dar un nuevo bautismo para la salvación del género humano y la remisión del pecado⁸, él mismo condescendió a ser bautizado el primero, no para quitarse los pecados, pues era el único que no había cometido pecado, sino para santificar las aguas del bautismo de modo que disolvieran los pecados de los creyentes. Pues nunca ha-

brián podido las aguas del bautismo purificar los pecados de los creyentes si no hubiesen sido santificadas por el contacto del cuerpo del Señor⁹.

5. Él fue por tanto bautizado para que nosotros fuéramos lavados de los pecados. Él fue sumergido en el agua, para que nosotros nos purificáramos de las impurezas de los delitos. Él recibió el baño de regeneración para que nosotros renaciéramos de agua y Espíritu Santo, porque como él mismo dice en otro pasaje: *Quien no renazca del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el Reino de los cielos*¹⁰.

II. 1. Por tanto el bautismo de Cristo es el baño de purificación de nuestros pecados y la renovación de la vida salvadora. Escucha cómo lo muestra el Apóstol cuando dice: *Todos los que os habéis bautizado en Cristo, os habéis revestido de Cristo*¹¹. Y añade: *Estáis sepultados con Él en la muerte por el bautismo; para que, como Cristo resucitó de los muertos, así también vosotros caminéis en novedad de vida*.

2. Así que por el bautismo morimos al pecado, pero comenzamos a vivir para Cristo; somos sepultados para la antigua vida, pero resurgimos para la nueva; somos despojados del error del hombre viejo, pero recibimos las vestiduras del hombre nuevo. Por tanto el Señor cumplió también en el bautismo toda justicia, porque quiso ser bautizado para que fuéramos bautizados; quiso recibir el baño de la regeneración para que renaciéramos a la vida.

III. 1. Y es claro que Juan bautizó a nuestro Señor y Salvador, pero más bien fue él bautizado por Cristo, porque éste santificó las aguas, aquél fue santificado con las aguas; éste donó la gracia, aquél la recibió; aquél se liberó

de los pecados, éste los perdonó; porque aquél es hombre, éste Dios. Y corresponde a Dios perdonar los pecados, como está escrito: *¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?*¹². Y por esto dice Juan a Cristo: *Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tu vienes a mí?* Juan tenía ciertamente necesidad del bautismo, porque no podía permanecer sin pecado; pero Cristo no podía necesitar el bautismo, porque no había cometido pecado.

2. Por eso el Señor y Salvador nuestro purificó en aquel bautismo los pecados, primero de Juan y después de todo el mundo. Y por eso dice: *Deja ahora; así conviene que cumplamos toda justicia*. La gracia de este bautismo ya había sido mostrada antiguamente de manera mística cuando el pueblo fue conducido a la tierra prometida a través del río Jordán.

3. Así como al pueblo se le abrió un camino por el Jordán para ir a la tierra prometida, precedido por el Señor, así ahora por estas mismas aguas del río Jordán se ha abierto por primera vez el camino que guía al cielo, por el cual somos conducidos a aquella bienaventurada tierra prometida, que es la posesión del reino de los cielos. Aquéllos tuvieron por guía en el Jordán a Jesús¹³ hijo de Nun¹⁴; a nosotros sin embargo, por el bautismo, se nos ha constituido guía de la salvación eterna Jesús, el Cristo Señor,

TRATADO 13

LOS CIELOS SE ABREN, SE ESCUCHA AL PADRE, DESCIENDE EL ESPÍRITU

I. 1. Y luego sigue: *Y Jesús, una vez bautizado, subió inmediatamente del agua. Y he aquí que se le abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que descendía como una paloma. Y he aquí que una voz del cielo decía: «Este es mi hijo amado, en quien me he complacido»*¹. Como en el nacimiento corporal del Señor, así también en su bautismo todo se mostró digno de admiración y de acuerdo con su majestad. 2. Los cielos se abrieron al subir de las aguas el Señor, después del bautismo; el Espíritu Santo descendió en forma de paloma tomando aspecto corpóreo y dando testimonio del Hijo; incluso se escucha de inmediato la voz del Padre desde los cielos que dice: *Éste es mi Hijo, en quien me he complacido*. También David había anunciado anteriormente que se iba a oír su voz sagrada sobre las aguas, cuando dice: *La voz del Señor sobre las aguas, el Dios de la majestad ha tronado*². Se refiere sobre todo a este momento en que la voz de la majestad paterna, dando testimonio del Hijo, resonó como si fuera un trueno.

II. 1. Entonces, ¿qué lugar se da aquí a los herejes para que vayan contra la fe³? ¿Qué ocasión de blasfemar ha dejado esta declaración del Padre cuando incluso con palabras explícitas se muestra el sacramento de la Trinidad perfecta? En efecto, en el misterio del bautismo se ve al Hijo que se mantiene en el cuerpo; al Espíritu Santo, que desciende en apariencia de paloma; y se escucha desde los cielos la voz del Padre, para que quede clara la unidad de la Trinidad, pues ni el Padre puede ser entendido sin el Hijo, ni el Hijo conocido sin el Espíritu Santo.

2. Fíjate por tanto cuál es el testimonio del Padre acerca del Hijo, al decir: *Éste es mi Hijo*. Suyo en verdad, no por gracia de adopción, ni por elección de una criatura, como pretenden los herejes, sino que es suyo con la propiedad de la generación y la verdad de la naturaleza. Pues muchos santos son llamados y son hijos de Dios; pero éste es sin comparación el único Hijo unigénito de Dios Padre, verdadero y con propiedad, no nacido de otro distinto del Padre. Porque el Padre es tan verdadero padre, como es también verdadero Dios; así como el Hijo es tan verdadero hijo, como es también verdadero Señor⁴.

3. Por tanto se ha mostrado la perfecta fe en la Trinidad, porque no sólo el Padre declara que Cristo, Señor y Dios nuestro, es su Hijo, sino que también el Espíritu Santo, el Paráclito, se une al Padre y al Hijo en tan gran sacramento de la fe, para que creyéramos que son verdadero Padre, verdadero Hijo y también verdadero Espíritu Santo: tres personas, pero una sola divinidad de la Trinidad, y una sola sustancia. Esto hemos dicho de pasada sobre el misterio de la Trinidad.

III. 1. Pero como sabemos que todo lo que obró el Señor por nosotros se ha mostrado como sacramento de

nuestra salvación, al decir que después de bautizarse el Señor se abrieron los cielos, se mostró que, una vez renacidos nosotros en el bautismo, teníamos abiertos los reinos de los cielos⁵ que el Hijo de Dios abrió el primero para nosotros, al ascender en cuerpo al cielo⁶.

2. Por eso también en el hecho de que inmediatamente descendiera del cielo el Espíritu Santo en apariencia de paloma, y se escuchara la voz del Padre diciendo: *Éste es mi Hijo*; también aquí se revela la disposición del misterio celeste y de nuestra salvación, porque por el bautismo salvador del agua íbamos a ser hijos de Dios y merecedores del don del Espíritu Santo